

# Escribe CARLOS ESPLÁ

Corresponsal Permanente de NOTICIAS GRÁFICAS en París



## Charles Maurras, Símbolo Viviente De las Contradicciones, Es Académico

PARIS, Junio de 1939. (Por avión). — El ingreso de Carlos

Maurras en la Academia Francesa, corona brillantemente una vida consagrada a la contradicción. Es cierto, como dijo Paul Valéry, que "la Academia es la última institución de la monarquía francesa que subsiste", y ello parece atenuar la postrema contradicción del escritor monárquico. Pero no conviene fiarse de las apariencias. Lo que importa, en el caso actual, no es la opinión de Paul Valéry sobre la Academia, sino la del propio Carlos Maurras. En el periódico que éste dirige, el *simón* con Léon Daudet, se han escrito las más feroces críticas contra esa "escuela de servilismo" y ese "mancabro cenáculo" que era para los maurrasianos la docta institución. Los colaboradores de Maurras debían escapar de ese modo su cólera contra los Inmortales de Francia, que rechazaron, hace quince años, a Maurras y eligieron a aquel pobre señor Jennart, escritor inédito, que el día de su re-

cepción académica fué zarandeado por los "camelots du rot".

Maurras y la Academia se han reconciliado, al fin. Vestido con el uniforme verde, cubierto con el sombrero de dos picos, Maurras ha entrado en el Palacio de Mazarin y ha hecho, bajo la cúpula ilustre, una cumplida reverencia a sus antiguos enseñigos.

Maurras sufre desde hace tiempo la "fiebre verde", que es la enfermedad de los atacados de tentación académica. Por la calidad de su prosa y por su pasión literaria, Maurras merecía ciertamente ser académico, aunque la política sentida y practi-

cada con violencia lo ha apartado de la literatura pura. La virulencia de sus ataques contra el régimen parecía destinado a ocupar ese sillón número 41, inventado por Arsène Houssaye para uso de los escritores eminentes desafiados por la Academia o que se aborrecían a desdefarla. El sillón número 41 ha tenido ilustres ocupantes: Corneille, Descartes, Molière, Diderot, Rousseau, André Chenier, Stendhal, Flaubert, Alfonso Daudet, Michélet, Gautier, Baudelaire, Maupassant, Verlaine, Mistral, Courtemaine, Romain Rolland... Maurras no hubiera estado en mala compañía. Pero ha preferido la Compañía, con mayúscula, que es como se llamó oficialmente la Academia.

El ser monárquico no ha frustrado su ambición académica. La Academia, aunque supervivencia del régimen monárquico, es ahora una institución oficial, es decir, teóricamente republicana, encargada, entre otras cosas, de recompensar la virtud de los ciudadanos. Pero es la República la que ha absorbido a Maurras, convertido en jefe de la oposición de S. M., según la ingeniosa sentencia de André Thérive, y no la Academia la que se ha dejado seducir por el intrigante conspirador monárquico.

La contradicción ha guiado constantemente la obra y la vida de Maurras, hasta el punto de que ha llegado a la perfecta contradicción por un sistema basado estrictamente en la lógica. Su propia doctrina política es una creación lógica, y, por lo tanto, artificial. Su teoría política hace de la monarquía, como institución política y social, un arco perfecto en el cual el rey es la piedra clave. Pero en la práctica política, a Maurras le ha fallado la clave, es decir, el pretendiente al trono francés, que se aparta del movimiento maurrasiano y coquetea con la República.

Maurras es provenzal, o sea italiano puro, un puro mediterráneo, y, sin embargo, la insistencia típica de sus escritos periodísticos diarios imprime a su estilo un sello germanico. La misma contradicción ha hecho del poeta de la "música interior" uno de los estruendosos batalladores. Maurras, patriota francés, ha armado ideológicamente con su doctrina nacionalista y racista a los enemigos de su patria. Maurras, sordo, ha tenido que hacer en su discurso de recepción académica el elogio de la eucromía, el arte sonoro de su antecesor Henri Robert. Maurras, monárquico, encuentra su tribuna política en el único régimen que puede tolerarlo: la República. Maurras, enfermo, tendrá como compañero de Academia y consejero de protección a su hijo, André Maurois, que en realidad se llama Hervey. Maurras, admirador de Anatole France, niega con su obra la obra de Anatole France. Maurras, apóstata y pagano, ha deruido las catedrales de la Iglesia, no por atacarla, sino por defenderla.

En el momento de recibir su espada de académico, Maurras ha sido desafiado por un periodista — el director de "Paris Soir" — al que había injuriado. Maurras ha contemplado su arma flameante. Excelente ocasión para pinchar a sus adversarios! Finalmente, Maurras ha contestado: "Si quiere bñirse conmigo, que emplee la pluma."

Contradicción...

CARLOS ESPLÁ

A.P.C.E.  
SIG.: 4.2 d/1001